

GFS-210-A12

Una voz entrañable me dice: "Toma estas cartas familiares; son viejas como yo. Si las encuentras interesantes, guárdalas; si te parecen ridículas, por lo ingenuas o por lo sensibleras, quémalas, para que nadie luego pueda reírse de ellas".

He comenzado a leer estas cartas, agrupadas en amarillentos sobres y un poco caprichosamente distribuidas. Son, en efecto, epístolas familiares, llanas y sinceras, que reflejan grandes e pequeñas preocupaciones del momento y abarcan diversidad de paisajes y de fechas: desde 1835 a 1904; desde la brumosa Londres a la tiente Cádiz, pasando por el Peñón de Gibraltar, Sevilla, Madrid, La Granja o San Sebastián. Es curioso al leer las cartas, — con alguna excepción, — no son de padres a hijos, ni de hijos a padres, ni de esposos entre sí, ni de amigos que se estiman. Las cartas, en su gran mayoría, son de hermanos a hermanos; mejor dicho, casi siempre de hermanas a hermanas. Y son, ante todo, de admirar los ríspidos firios de las letras de estas ~~varias~~ señoras, en cuyas venas se mezclan las sangres inglesa y andaluza y en cuyos cultivados cerebros se advierte una firmeza de juicio aún mayor que la de sus pulsoes. ¡Con qué seguridad cruzan y entrecruzan los renglones de cada página! ¡Y con qué decisión cambian e intercambian los comentarios que la actualidad mundial, nacional, local o familiar les vé sugiriendo! Son no menos de cinco las más frecuentes autoras de las cartas; pero es igual que las firman Ketty, Amalia, Mary, Cecilia o Elisa: todas son mujeres de temple y de inteligencia; todas demuestran una acusada sensibilidad; todas son unas buenas católicas, severas y rigurosas.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ SHAW



A comienzos del siglo XIX, la vida en Cádiz es de gran actividad social y comercial. Industriales británicos, en buena parte llegados de Gibraltar, se establecen en la "tacita de plata", y sus familias no tardan en emparentar con familias gaditanas. Hijos de inglés y de andaluza son estos hermanos a que me refiero, que en 1839 quedan huérfanos de padre y madre. Son tres varones y siete hembras: el mayor, de 19 años; la mayor, de 17. Y el esfuerzo común de esos hombres, y de esas mujeres con espíritus varoniles, lleva a puertos seguros todas estas vidas, que ván a parar a diferentes lugares de España y de Europa.

Es entonces cuando, - sobre todo las hermanas, - cambian sus impresiones por carta y se prestan mútuos alientos. ¡Años del 60, del 70!... Una de las hermanas, en posesión de una felicidad matrimonial, pierdo de repente a su marido y queda viuda con cuatro hijos. Allí está inmediatamente la carta fraternal, que llega desde Sevilla a la Corte, acumulando consuelos. Y el comentario atinado, a continuación: "Las tragedias de la vida son infinitamente más crueles que las que se inventan. Sin motivo, quedan heridos los más inofensivos ~~veros~~ corazones, y sobre ellos ~~lueven~~ llueven las amargas penas. Que esto es preciso es el único consuelo que tenemos".

De otra hermana, unos meses antes, son noticias más alegres: de unas Carreras de caballos, en Cádiz: -"Vine X, a visitar a Narcissa para que contribuya al regalo que hacen las señoras para el premio de las Carreras, echando luego a suertes con objeto de ver quiénes son las que han de presentar el regalo. El caso es que nos cuesta la función ¡cuatro duros!"

La escena cambia. Es Madrid el lugar donde, en el ochenta y tantos, se escriben estas adorables líneas: -"Desde ayer tengo un ahijado monísimo, al que he de dar de comer a mano. Se llama "Corrión", y tuvo la desgracia de caerse en un cubo de la cocina, donde por poco se ahoga". ¿Desgracia?, se preguntará quien leyere. Y la propia redactora lo aclara: -"Es un pajarillo muy salado. No se puede quejar: anda suelto por toda la casa y se ha hecho el asado".

Pocos años después, el 91, la misma pluma traza unos renglones de inquietud: -"La pobre Cecilia está muy preocupada con tu viaje a Cádiz, y no sé cuántas combinaciones inventa para que no vayas en ferrocarril. Yo no sé qué pasa, pero en realidad todos los días hay descarrilamientos"...

Desde Londres llega otra misiva. Es de una de las hermanas mayores, que sabe cuando escribe toda la autoridad que ejerce sobre sus hermanas: -"No os dejéis influir por falsos rumores ni por anuncios de algaradas. Estad persuadidas de que no hay ~~nada~~ nada mejor que España ni virtud que pueda superar la virtud de la mujer española". Acaso recuerde quien esto lea que lo escribió una mujer nacida inglesa. Cierto. Pero no es menos cierto que, por su matrimonio, era española, y que sus hijos eran andaluces.

Espigando, espigando, se haría esta crónica interminable. Pero no puedo resistir la tentación de copiar unas cuantas frases más. Por excepción, una

de estas señoras no escribe a una hermana, sino a su hija mayor; y la emoción me invade desde que comienzo a leer. Esta señora, en plena juventud, se siente morir, y toma la pluma para decir: -"¡Pilar mía! Como me encuentre muy mal, y es muy fácil que pierdan ustedes para siempre a su pobre madre, y como tú, hija mía de mi alma, eres muy razonable para tu edad, a tí me dirigí para recomendarte que cuides mucho a tu buenísimo padre y a tus hermanas, procurando ser todo lo mejor que puedas para darles buen ejemplo"...Es una carta llena de serenos consejos y magníficos alientos. "Si os llegais a casar, cumplid vuestros deberes; y, al dejar la vida, tendréis una conciencia tranquila"... "Pensad mucho en Dios..." Los renglones quedaron interrumpidos, porque la enferma, a las muy pocas horas de trazarlos, entregaba ^{cris} voluntariamente su alma al Señor.

¡Cartas de antaño! Cartas puestas en mis manos para su custodia o su destrucción...Amorosamente, las he guardado en el mejor rincón de mi archivo.

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW.